



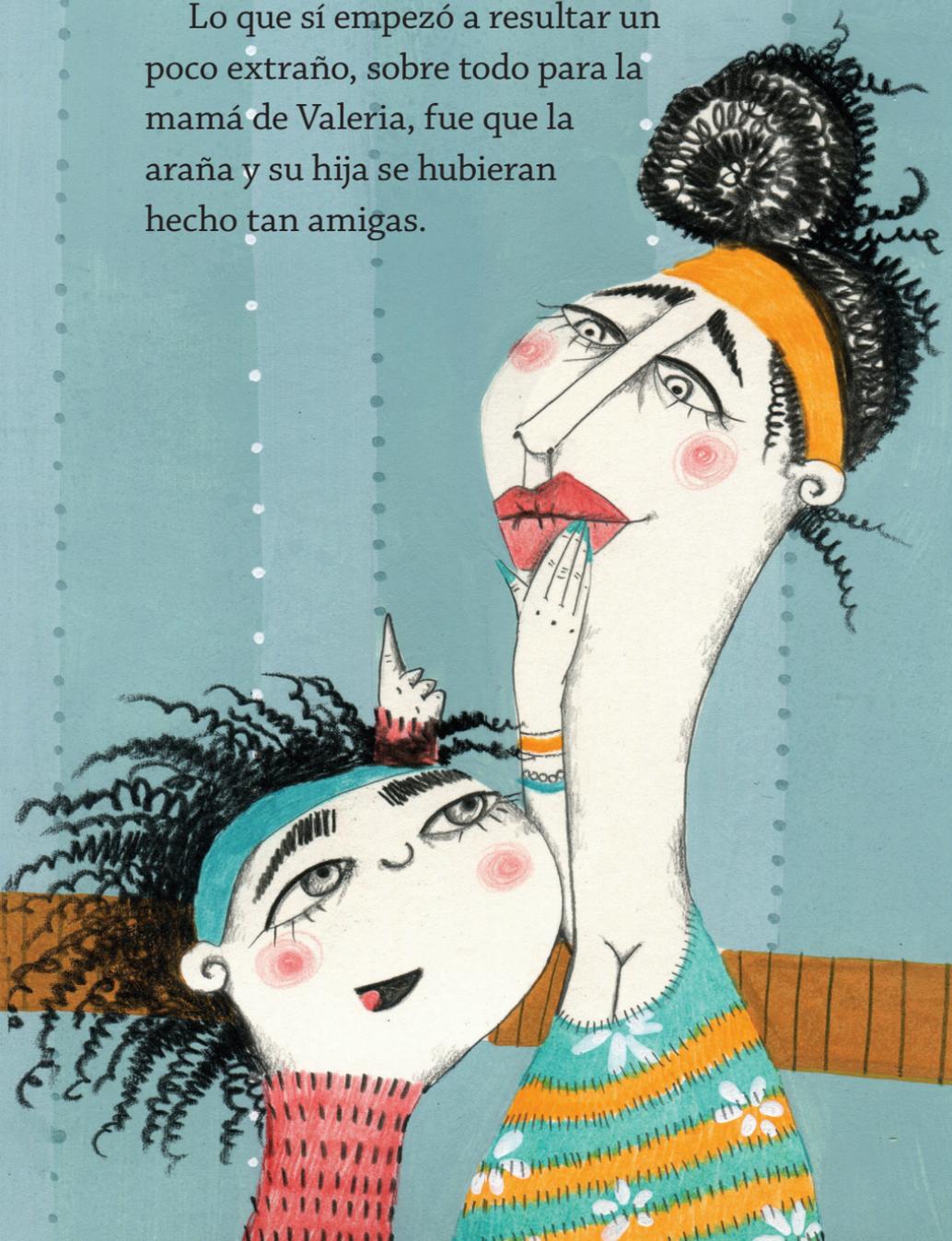


No era extraño que la araña se llamara Soledad; Valeria le puso ese nombre porque la encontró sola en una de las esquinas de su recámara. Todo el tiempo estaba quietecita en su telaraña y, aunque no había más arañas, a veces convivía con otros bichos (de pronto se cruzaba por ahí un ciempiés o una mosca que acaso después le servían de almuerzo).

Pero no sólo a eso se debió el nombre; a Valeria también se le ocurrió porque las patas de la arañita se parecían muchísimo a las pestañas de la tía Soledad: largas, negras y muy separadas.



Lo que sí empezó a resultar un poco extraño, sobre todo para la mamá de Valeria, fue que la araña y su hija se hubieran hecho tan amigas.



La señora se dio cuenta de eso una tarde, cuando pasó frente al cuarto de Valeria y desde fuera la escuchó hablar.

—Vale, ¿estás hablando por teléfono?

—No —respondió ella—; estoy platicando con Sole.

La mamá de Valeria entró al cuarto un tanto extrañada y miró hacia el sitio que su hija le señalaba con el dedo.

—¿Y eso?

—Es mi mascota. Se llama Soledad, como mi tía —dijo Vale y se rio quedito.

Su mamá expresó un “Aaah” acompañado de medio suspiro y salió del cuarto. Ella pensaba que las niñas de la edad de Valeria (y las de cualquier edad, para ser francos) debían hacer amistad con otras niñas, no con arañas solitarias que viven en las esquinas de los cuartos.

La mamá de Valeria sabía que Soledad no se comería las migas de pan que Valeria había apartado a la hora de la comida para alimentarla. Además sabía que no era muy higiénico mantener una esquina



de la recámara llena de telarañas. Pero sospechaba que para Valeria sería una gran tragedia que tomara la escoba y se deshiciera de Soledad para que ese pedazo de techo quedara limpio. De modo que decidió dejar a la araña en paz.

